

# *EL GRAN PÁJARO NEGRO*

Julián Delgado

Cel:3207373742

Desde que mi niño estaba muy pequeñito yo ya notaba que tenía algo diferente. Una madurez inusual para su edad y una inteligencia muy superior al promedio. Yo era profesora de español del bachillerato y muchos de mis alumnos ni se habían leído un cuento completo. Le inculqué el amor que yo sentía por la lectura y la escritura, pero me sorprendió la rapidez con que aprendió, tanto que cuando entró a la escuela lo promovieron inmediatamente de primero a tercero. Yo veía que los niños de la cuadra, cuando jugaban, no le entendían casi nada de lo que decía, pero le hacían caso y le seguían la corriente sin chistar. La gente del pueblo se quedaba admirada cuando lo sacaba a la plaza porque, aparte de tener unos ojos azul cielo divinos, mi niño pronunciaba muy bien las palabras y se expresaba como si fuera un adulto. A diferencia de los otros niños, que son graciosos por su franqueza a la hora de entender las cosas, el mío, en cambio, captaba entre líneas y aplicaba la lógica de los adultos. Me acuerdo que una vez me encontró llorando en la cocina y me dijo:

—¿Por qué lloras mami?

—No estoy llorando, mi amor, es la cebolla que a uno le pone los ojos así.

—Si me vas a mentir hazlo bien, mami, pero no repitas lo mismo que dicen en las telenovelas cuando alguien está llorando.

Entonces me reí y unos días después, de la nada, el niño me dice:

—Estuve pensándolo bien, mami, y ya no quiero conocer a mi papá. Me gusta tener una familia diferente. No voy a ser como todos. Así que no vuelvas a llorar. Con el amor que tú me das me basta y me sobra.

Ya más grandecito, antes de la pubertad, era conocido en el colegio por declamar poemas a diestra y siniestra. Eso hizo que no tuviera prácticamente ningún amigo pues los otros niños lo veían como un bicho raro. “No importa, mamá, con tu amistad me basta y me sobra”, me respondió cuando le aconsejé ser más sociable. La verdad es que así se veía feliz. Mientras los demás usaban el tiempo libre para jugar en la cuadra, mi niño se la pasaba en la casa absorto en sus pensamientos e inventándose cosas muy curiosas. Un día lo encontré en el patio de la casa, con unas tablas de madera, construyendo una especie

de carroza medieval pequeña. Le pregunté para que estaba haciendo todo eso y me respondió:

—Para cuando venga el gran pájaro negro.

—¿Cuál pájaro, mi amor?

—El del futuro.

Lo veía tan motivado en su labor que le seguía la corriente:

—Mi vida, pero esa carroza no parece muy del futuro que digamos.

—El futuro se parecerá más al pasado de lo que la gente se imagina. Además, esto va a ser mucho más que una carroza.

—¿Qué será entonces?

—Lo que siempre ha podido ser. Una escuela de llanto y de risa. Una tribuna libre donde los hombres puedan poner en evidencia morales viejas o equivocadas y entender con ejemplos vivos normas eternas del corazón y del sentimiento sagrado.

Aunque no le entendí nada lo apoyé. Hice un esfuerzo para que pudiera comprar todos los materiales que necesitaba. Desde que lo sentí moverse me juré sacar adelante a mi niño para que pudiera volar muy alto y no sintiera las alas cortadas como me pasó a mí. Semanas después, cuando terminó de construirla, entendí a qué se refería con eso de que no era exactamente una carroza. En realidad, esta se transformaba en una especie de teatrino muy pequeño. Me pidió que me sentara al frente. Entonces vi que un telón rojo se abrió lentamente y un par de candilejas iluminaron la tarima y el fondo del escenario, que estaba tapizado con motivos astrológicos. El espacio estuvo vacío un largo rato. Luego, el niño apareció desde una cortina negra vertical y me miró. Habló con una vehemencia fuera de lo habitual, muy en su papel, y aunque no entendí nada, la manera en que pronunciaba cada sílaba resonaba en mí con una claridad sobrecogedora. No podría recordar nada de lo que dijo sino fuera porque luego encontré el monólogo escrito en uno de sus cuadernos:

*“Me llaman Éyax que significa hijo del gran pájaro negro. Anuncié su llegada mucho antes que rayara en lo alto el mediodía. Agazapado esperé su descenso entre el puñado de los últimos hombres. Luego, la tierra se sacudió y el agua volvió a reinar. Vi ortigas venir desde el tuétano de la selva para abrazar las rendijas de los rascacielos blancos.*

*Hice silencio. Un día ballenas sangrantes tocaron la puerta del vecino mientras yo seguía soñando con la onda de una idea en el espacio. El mundo milenario se hundió en pantanos de nieve y sal para que en el fondo de las formas quietas ranas danzaran. Hice silencio. Era porque había sonado la hora de bautizar el mundo conocido bajo la barbarie cristalina que esconden las estrellas. Como mis antepasados, yo también moriré, pero mis palabras no morirán. Les prometo que ustedes, gentes nuevas que ahora sienten la pulsión de la metáfora, poblarán la nueva faz de norte a sur y de este a oeste, para vivir en carne propia las historias del amor. Móntense a estas tablas, doblen sus rodillas ante el cóndor y el gusano, sean ritmo entre el cemento muerto, y les prometo que antes de que el gallo cante el número uno dejará de existir. Intemporales y anónimas serán las obras de los hombres. Sobre estas ruinas enterradas por el clima, edificaremos rascacielos sin muros para que por fin el arpa reine sobre el pueblo. Nunca más un cabello teñido orinará sobre un clamor. Ha llegado la luz desbordada que prenderá fuego a las lupas de los ricos. Y todo aquel que ose multiplicar o dividir se perderá para siempre en su propia encrucijada. ¡Prohibido olvidar! Recuerden el valor sagrado de la enfermedad, de la muerte, dejen de escribir con sangre las antiguas marcas del número uno, del número blanco, y esta carroza los llevara al lugar donde se forjó el sonido, para que escuchen a sus nietos probar el vino nuevo de la vida y fornicar bajo la amarilla luna y soñar con ustedes en la siesta del almuerzo.”*

No sabía de dónde había sacado ese escrito o si lo había escrito él mismo, la verdad es que no entendí nada, pero quedé absolutamente conmovida. Me hizo recordar que cuando vivía en el campo, siendo muy niña, me la pasaba entonando canciones que no existían mientras caminaba por la trocha que conducía de la escuelita hasta la finca. En el fondo, yo también hubiera querido tener la valentía de pararme en un escenario y hacer lo que mi niño hacía, pero toda la vida fui presa de una timidez irremediable. Por eso le propuse meterlo a algún semillero de actuación para que mejorara sus habilidades.

—Todavía no ha llegado mi hora—respondió—. Voy a seguir creando mi carroza del futuro.

Y eso fue lo que hizo sin descanso. Que una mano nueva de pintura, que unas llantas más resistentes, que un motor a base de agua, que una trampa en el escenario, que un filtro para las candilejas, en fin, cada semana se le ocurría un nuevo arreglo para su carroza y trabajaba obsesivamente para lograrlo. Fue por esa época que empecé a darme cuenta de que mi niño estaba mucho más extraño de lo habitual. Un día fui a despertarlo para ir al

colegio, pero no lo encontré en su pieza. Lo busqué debajo de la cama porque a veces le gustaba estar ahí, pero tampoco lo vi. Un pequeño hueco se empezó a abrir en mi estomago cuando lo encontré en el patio trasero montado encima de la carroza. Había pasado la noche en vela, tenía los ojos desorbitados y tiritaba de frío.

—Lo he visto, mamá—dijo angustiado sin dejar de mirar el cielo—, está muy cerca.

—¿Qué cosa?

—El gran pájaro negro.

—Tienes que ir al colegio.

—Eso ya no importa, mamá, el colegio también caerá. La manera como concebimos todo está a punto de cambiar.

—No me importa. Necesito que bajes de ahí y vayas al colegio.

—Y yo necesito que me des más dinero.

—¿Para qué?

—Para terminar mi carroza, mamá.

—Pero ya está perfecta ¿Qué más quieres hacerle?

—Sellarla para que no le pueda entrar el agua.

—¿Y eso para qué?

—Para que pueda resistir el fin del mundo.

Si no dejó de ir al colegio fue solo para seguir recibiendo la mesada diaria. Yo empezaba a confundirme, no encontraba las palabras para comunicarme con él, lo veía muy raro y, sin embargo, me tranquilizaba pensando que la obsesión era una característica propia de los genios.

Hasta que pasó algo que me hizo reaccionar. Me había demorado más de lo normal en la reunión de despedida que hacíamos los profesores al finalizar el año escolar. Cuando regresé, la casa parecía un campo de guerra. Mi niño la había oscurecido por completo tapando las ventanas con bolsas de basura y había trancado la puerta con una pila de muebles y electrodomésticos. Lo busqué desesperada por toda la casa hasta que lo encontré, bañado en sudor, debajo de la cama.

—Sal de ahí, mi amor—le dije.

—No. La cama ya nos salvó una vez y nos salvará de nuevo.

Me tumbé sobre la pared. El pasado se me había abierto de golpe, como un libro, para revelarme lo ilusa que había sido. Hasta ese momento estaba convencida de que mi niño ni siquiera iba a recordar lo de la cama porque apenas tenía dos añitos cuando sucedió: estábamos reunidos en la casa del presidente de la junta de acción comunal y un grupo armado ilegal empezó a forzar la cerradura de la puerta. El presidente empujó una mesa para trancarla mientras el resto corríamos dando tumbos por toda la casa. Yo cargué a mi niño y lo llevé por el corredor hasta la pieza del fondo. Nos escondimos debajo de una cama. Luego, sonó una ráfaga de fusil y la puerta de la calle se abrió. Los oí registrar una por una todas las piezas hasta que entraron a la nuestra. Las botas militares pisaban tan cerca que podíamos oler el cuero recién embetunado.

—¿Sabes por qué ese día no pudieron encontrarnos, mamá? —dijo— Porque estoy destinado a salvar al hombre después de que el pájaro negro lo destruya todo. Por eso me buscaban. Y por eso me buscan ahora.

Al oírlo, por primera vez en la vida, tuve ese sentimiento espantoso. Sentí que su mirada se alejaba de la mía como cayendo en un profundo abismo. Traté de agarrarlo para traerlo de vuelta a mí, pero ya no me reconocía. Tampoco yo podía verlo. Él ya no era mi niño y yo ya no era su mamá. El hueco en mi estomago se había abierto totalmente.

A los pocos minutos, que bien pudieron ser horas, apareció tumbado a mi lado y me abrazó.

—Tienes que ser muy fuerte—me dijo—, ha llegado la hora y lo que viene va a ser muy doloroso.

Al decir eso, un portarretrato colgado en la pared se desplomó de la nada. Acto seguido, él también se echó a llorar.

El señor de la tienda me dio un aceite de valeriana para que mi niño pudiera dormir. Mi vecina me aconsejó llevarlo a donde el párroco para que se lo encomendara a Santa Teresa y le echara un poco de agua bendita. Mi sobrina que vivía en la ciudad me dijo que había que encerrarlo en un manicomio. Una señora de la plaza, que no sé cómo se enteró, me dijo que lo llevara al corregimiento indígena para que le buscaran el maleficio. La rectora me recomendó no enviarlo a clase para no exponerlo más a las burlas de los compañeros.

Y mi hermano el mayor me dijo que se lo mandara a la finca para hablarle de hombre a hombre. Yo no sabía a quién hacerle caso. Ni siquiera en los días de la violencia había experimentado un estado tan íntimo de incertidumbre y fragilidad. Daba las clases pensando en lo que mi niño estaría tramando en la casa en ese momento. Estaba tan agobiada que me tomé en serio todos los consejos. Un día, pensando en que tal vez el problema era la figura paterna, le pregunté al niño si quería ir de vacaciones a la finca de mi hermano.

—¿Para qué? —me respondió desconfiado— ¿Estás intentando deshacerte de mí?

—¿Como se te ocurre, mi vida? Solo quiero que descanses un poco de todo esto.

—¿De todo esto? ¿Además quieres que me vaya sin la carroza?

No respondí nada más porque sus argumentos sonaban tan coherentes dentro de su fantasía que poco podía refutarle. Cada réplica suya ahuecaba el profundo abismo que nos separaba. Ni siquiera tuve alientos de prepararle la leche caliente con valeriana y me fui a la cama.

Al día siguiente, cuando regresé del colegio, no lo encontré en su pieza. Me agaché para mirar debajo de la cama, pero tampoco estaba. Entonces fui al patio trasero. Sentí que mis ojos se vaciaron cuando vi que no estaba la carroza. Entonces recordé que un año antes, cuando cumplió once, le ofrecí regalarle un celular. Lo había rechazado argumentando que no servirían de nada en el futuro: “ni siquiera habrá papel para las cartas, solo la voz nos servirá”, me había dicho.

Recorrí todas las cuadras del barrio, los barrios aledaños y luego volví a la casa, al patio, a la pieza y a la cama. A la búsqueda se fueron sumando los vecinos, familiares y por último la policía. La historia de un niño perdido se regó rápidamente por todo el pueblo y muchos aseguraban haberlo visto en algún momento, pero las versiones eran contradictorias y no llevaban a ningún lado. El uno decía haberlo visto subirse en una chiva que iba al campo, el otro que lo vio en el supermercado comprando granos y enlatados, el otro que vio su carroza sobre la vía que va hacia la ciudad, y los vecinos de la cuadra que si el niño hubiera salido con una carroza ellos seguramente lo habrían visto. Pero nada. Nada de nada. Las búsquedas se extendieron hasta pasada la media noche, al día siguiente volvimos a los mismos lugares, al tercer día el ánimo y la esperanza de la gente empezó a decaer, y a la semana ya nadie se acordaba de mi niño.

En el colegio me dieron una licencia para que me pudiera dedicar de lleno a buscarlo. Todos los días salía a recorrer las calles tratando de encontrar una esquina oculta o un callejón que se nos hubiera pasado registrar. Los fines de semana mi hermano el mayor venía de la finca y juntos recorríamos veredas y pueblos aledaños. El resto del día me la pasaba en la casa con el teléfono en la mano llamando a la policía a preguntar por novedades, enviando cartas a los noticieros para que hicieran pública la desaparición de mi niño, y esperando que en la radio regional anunciaran la noticia salvadora.

Un día lo sentí abrir la puerta de la casa y entrar a su pieza como si nada hubiera pasado. Otro día me pareció escucharlo respirar debajo de la cama. Varias veces creí ver su cara en la televisión. ¿Qué habría pasado si no le hubiera hecho al niño la propuesta de ir a la finca de mi hermano? ¿En qué momento yo había permitido que la distancia de nuestras mentes lograra separar también nuestros cuerpos?

Eran las doce del mediodía cuando oí la noticia por la radio. Prendí el televisor de inmediato y la expresión pálida del presentador lo decía todo. Entonces fui corriendo al patio trasero para comprobarlo. La corriente de aire por poco me tumba. Miré hacia el cielo y vi un sol negro brillante. Me arrodillé con el alma en la mano, y le rogué a dios y a la virgen, que donde fuera que estuviera, mi niño hubiera encontrado la manera de sellar su carroza para que no le entrara el agua. Pensé en el día en que nació, apreté con todas mis fuerzas un par de piedrecillas del suelo y me quedé esperando el golpe del gran pájaro negro.